

13

Don RICARDO OVIDIO LIMARDO Y SU OBRA
(Escrito para "El Mensajero" de Bogotá, y publicado en él el 2 de Julio del 87)

Aunque es harto conocido en el mundo de las letras este venezolano, no ligera estará demás una noticia de él, ya que se forma, puede decirse, en estos momentos la gallería de los americanos distinguidos, y es derecho suyo estar en ella; fuera de que hay que hablar, si bien de paso, de su libro, y será curioso ver en el autor de los estudios, las tendencias, la índole y el carácter que aparecen después transmitidos á su obra.

El señor Limardo nació de buena casa, de esas en que se va bien cuando la honra está buscada, el deber cumplido y la conciencia con Dios. Su madre era una santa, y le enseñó desde niño á Jesucristo; provisión en la vida para todo, y el mejor capital para el alma. El padre, médico de gran nota, versado en ciencias naturales y en estudios ajenos, reunía á un entendimiento profundo un espíritu fácil y fino, en que el chiste urbano no es más que la forma natural de una filosofía graciosa y alegre; en las asambleas consejo; en el trato delicias; en los salones, con años y todo, sal de ingenio. Don José de la Cruz Limardo era un hombre; lástima sólo que, al par de otros va-

rones, eminentes, haya vivido sin teatro, escaso siempre ó nulo en países que principian, y haya muerto sin historia, que casi nunca puede escribirse en medio del ruido y escándalo de las parcialidades intestinas. Su afán era la educación de la familia, á la que habíam de tocar en herencia sus talentos. Una hija tuvo, Victoria, que casó muy joven y forzó la tuya de provecho, la cual de corta edad aún, graba en francés como en su lengua, manejaba otros idiomas extraños, y herborizaba, alguna vez acompañada de sabios, en los alrededores rimbombos del Tocuyo, ciudad de su nacimiento, antigua, linajuda y de costumbres verdaderamente patriarcales, de dónde ella, tanto como de las inspiraciones de su cuna (y he de decirlo porque complementa su retrato) bebió sus ideas religiosas, su modesta compostura, su espíritu de orden, su respeto á lo que es digno de él, y esa especie de caridad que vive de inventar ~~numerosos~~ recursos para los pobres, y de salirles al encuentro para oprimirlos á agasajos.

En suma, el apellido Linardo aparece siempre asociado con la historia de las letras venezolanas. Estas noticias no son superfluas; el árbol no es raro que se juzgue por el terreno en que nace; y luego los principios dan el fin.

Ricardo Ovidio desde muy temprano fué dedicado al Seminario Tridentino de Caracas, para seguir, viviendo en él, los estudios de la Universidad; establecimientos ambos en uno entonces. Había aún rica mies, y el campo estaba hermoso: hubieran bastado Vargas, José Cruz Linardo, Aranda y Talavera, como universitarios, y aunque no lo eran, Fortique, Toro, José Hermenegildo García, Baralt y Andrés Eusebio Level, para constatar toda una época de gloria.

El joven Linardo creció en provecho y en espíritu con uno como el suyo, tan aventajado, y profesores y ejemplos tan dignos. Eran muy buenos aquellos tiempos, y sus hombres mejores; la honra esudo, la gloria estímulo, los hábitos honestos, las letras gala; flores que después tronchó la guerra para dejar casi el vacío.

Acabado el curso filosófico, entró Linardo al de Derecho, y recibió en esta ciencia el grado de Doctor. Al salir de las clases dejó un rastro luminoso, como lo deja siempre un talento superior. Ya para entonces, además de los estudios reglamentarios, había penetrado en la filosofía moral, la historia, las lenguas, los estudios estéticos, y se había ensayado mucho con la pluma; afán, refugio, al mismo tiempo que

prez en las almas que tienen algo que se agita.

De aquí no había sino un paso al periodismo, y Linardo lo dió; ó mejor dicho fué á él. Primero redactó un periódico de mucha significación en la época, y á poco fué instado para ponerse á la cabeza del Diario de Avisos, que desempeñó con las gracias propias de su estilo, y la maestría de un escritor que había nacido para publicista. En ese tiempo hubo las más altas cuestiones de derecho internacional y de política interna, en que se veía para su pluma como para una fuente de ilustración. Salíó de la estacada después de haber peleado de bueno á bueno.

No hacía mucho que había casado en una familia patricia y de lo más distinguido del país, en la cual la tradición del honor no está interrumpida, y se conserva sin mancha la ejecutoria de las virtudes; habiendo sido su esposa una de las bellas de su sexo, y si hay seres humanos parecidos á un ángel, ella lo es.

No muy tarde, causas que no hay por qué explicar llevaron á Europa al señor Linardo; y allí, mayormente en España, trabó amistades con lo más encumbrado de la ciencia. Si es en los círculos y en los salones donde lucen las gracias del espíritu, e

entra; si es en la prensa, le buscan; un congreso médico le abre las puertas, admitiéndole como miembro suyo; y la Real Academia le acuerda el honor de su correspondiente extranjero; Ochoa, Cueto, Camposor, son sus amigos; los periodistas sus relaciones; las letras su culto. Enriquece el diccionario con muchos modismos y galabras; emprende trabajos filológicos que aún permanecen inéditos en su mayor parte, y ejerce el nervio de su pluma en grandes discusiones que eran por entonces el afán de eminentes escritores en la Península española. De todas ellas salió ó con lauro ó con honra.

Su último trabajo hasta ahora ha sido su ~~Legislación Comercial~~ Legislación Comercial, de que hay ya un volumen magníficamente impreso, de cerca de 700 páginas. He aquí

EL LIBRO DEL SEÑOR LIMARDO.

La Legislación Comercial ha sido objeto de los más dignos elogios en Europa y en algunos países de América hasta ahora, como en Venezuela y en Chile.

En cuanto á mí, el menos competente de los jueces, movido del mérito del trabajo, he escrito y publicado sobre él un Ensayo crítico histórico, dedicado á la Real Academia Española. En todas estas apreciaciones se presenta á la obra del señor Limardo

como una grande adquisición, así por el método, el lenguaje y el estilo, como por ser uno de los tesoros más ricos de esta clase de derecho; y en efecto la pureza de la doctrina, la claridad de la exposición, la fuerza de la lógica, el acopio de autoridades respetables y el candor de la crítica: todo ello hace de este libro, y lo hará siempre, una de las fuentes más ricas de la jurisprudencia mercantil. Todo cuanto se ha escrito, todo cuanto se ha glosado, está allí; pero está cernido, concentrado, transparente. No se ve más el farrago del comentario, ni el calor de la polémica, ni la vanidad de sustituirse á la ley, sino la ley misma con su luz, y el espejo para reflejarla.

Jamás se sustituye por su cuenta el autor al texto de autoridad. Cuando lo hace lo dice; pero es para manifestar tendencias más civilizadoras, y para inclinar á los gobiernos á poner la legislación mercantil en muchos puntos al nivel á que están los intereses. Aquí el señor Lizardo aparece como comentador y publicista, como jurisperito y amante del progreso. Nunca lo pierde de vista. La legislación constituida en su obra, es la jurisprudencia que rige; la legislación constituyente, es lo que él quiere ver regir.

Una cosa original en su libro es, que el autor encuentra el punto de enlace, la articulación, entre el derecho mercantil y el internacional, y casi crea ó por lo menos indica un nuevo derecho de gentes americano. La inmigración, la población, la naturalización, el domicilio y una multitud de cuestiones que se forman y de discutidas que nacen de la condición de haber habitantes extranjeros en un país y del modo de ver y explicar el derecho internacional privado, hasta ahora obscuro é indeciso; todo es regarum prima en las manos del señor Lizardo, que torna élen artefacto preciado y en mercancía que tendrá valor en la ciencia.

En resumen el libro es precioso. Búsquesele para que se le lee, y léasele para que se le admire.

Espero que en Colombia encuentre esta obra un buen mercado. Colombia es una nación que ama el espíritu porque lo tiene, y las ciencias porque las cultiva. Caldas, Mutis, Mosquera, Caro, Arboleda, Barillo, son de ahí. Ahí darán acogida á los frutos del señor Lizardo.

(Escrito para "El Traductorista" de Bogotá
y publicado el 2º del mes de Julio de 1898)

CECILIO ARROYA.

Libro que se encuentra en la Biblioteca de la Universidad Nacional de Colombia (BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA)